



CARTA A LOS ABUELOS, ARTÍFICES DE LA REVOLUCIÓN DE LA TERNURA

Fiesta de San Joaquín y Santa Ana

Escrito dominical, el 24 de julio

Cada año os escribo una carta, queridos abuelos, para daros las gracias por vuestras vidas tan llenas de sacrificio y porque nunca habéis tirado la toalla en vuestra lucha por la «revolución de la ternura». De vosotros hemos aprendido a vivir con tres claves que nos habéis regalado desde vuestra vida sencilla, donde no habéis buscado brillar, sino servir, ser reconocidos sino entregar vuestras vidas a la familia, a la Iglesia y a la sociedad.

1. Hemos aprendido a confiar en Dios. Vuestra vida no fue fácil, si existiera alguna vida que fuese alguna vez fácil. Habéis pasado vuestra vida viviendo y desviviéndoos por los demás. Pocas veces se os vio quejándoos sin esperanza. La confianza en Dios brotaba de lo que tantas veces le oía a mi madre: el Señor siempre abre puertas de claridad. Os tocaron muchos momentos de sufrimiento en los que, más que a través de teorías, disteis respuestas con un corazón confiado y bueno. La esperanza se revistió de buscar soluciones. Todo menos dejar en la estacada, queridos abuelos, a las personas que Dios había puesto en vuestro camino. Enseñabais con vuestras palabras y, sobre todo, con obras, que hay que seguir adelante pase lo que pase. Os he visto llorar, cansados, momentos duros, con dudas sobre que se podía hacer... Y al final la confianza en Dios y en su Madre bendita os ayudaba a seguir hacia adelante porque el Amor es más fuerte que el pecado, el dolor y la muerte.

2. Hemos aprendido de vosotros la «revolución de la ternura». Nada de instalarnos en la queja que nos amarga y amarga el corazón de los que el Señor ha puesto en nuestro camino. Habéis sacado sobresaliente en ternura a los nietos, cercanía a los que sufren y generosidad con los necesitados. Queremos apuntarnos a vuestra revolución, porque como nos dice un autor actual, si vosotros los cristianos no ardéis, el mundo morirá de frío, agonizará sin esperanza. Sois los abuelos los que recreáis cada día la ternura, la locura estrenada por los nietos, la alegría de compartir con ellos momentos que, muchas veces ni sus padres dedican.

Recuerdo en mis años de capellán del santuario de la Gran Promesa de Valladolid que a la salida del santuario una preciosa imagen de Santa Ana, abuela de Jesús y cómo María contemplaba el entusiasmo de la abuela y el nieto Jesús por abrazarse. Escena de ternura llena de encanto y que siempre me sobrecogía.

3. Hemos aprendido de vuestra vida a vivir en el encanto de la vida con Dios. Si algo caracteriza al hombre y a la mujer de nuestro tiempo es que vive con un tono de desencanto generalizado. Es como si se le hubiesen agotados las pilas de la esperanza. Vosotros los abuelos tenéis mucho que enseñarnos y que ofrecernos desde vuestra experiencia vivida día a día. Es mucho lo que os debemos y, como decimos por aquí, es de bien nacidos vivir agradecidos. Hemos aprendido a construir, a sumar, a mirar nuevos horizontes, a no dejar entrar en nuestro corazón ni un instante el cáncer de las tres palabras que empiezan por «d» y que matan la esperanza y la alegría del alma, la desesperación, el desaliento, y la desesperanza. Es verdad que vuestra vida, como la mía, es una gota en el océano inmenso, pero con palabras de la Madre Teresa de Calcuta, ¿acaso los océanos no están hechos de muchas gotas, las vuestras y las mías?

Encomiendo vuestras vidas, mis queridos abuelos y abuelas, a Santa María, Madre de los abuelos para que os ayude siempre a sembrar claridades. Que san Joaquín y santa Ana, abuelos de Jesús, nos ayuden desde el cielo.

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España